



a TI, PRINCESITA

Carmen Macedo Odilón

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UNAM, 4° semestre



No tengas miedo, porque estoy contigo. Escóndete y yo te cuidaré haciendo guardia afuera de este tronco hueco que nos hace de refugio. Si necesitas calmar tus temblores, canta, eso me conforta, oír tu voz me da las más grandes fuerzas para protegerte. Tararea bajito, como si me susurraras al oído, al menos hasta que el ogro se vaya.

Ay, princesita, ya una vez el ogro destrozó mi espada. Seguro ni te acuerdas de ella, la de madera que hice con la pata de una silla: la tomó entre sus garras y de un golpe la partió a la mitad, no, mejor no trates de recordar. Arremetí a mordidas y patadas, y a tí no te pasó nada, princesa mía. Por tí daría mi vida las veces que fueran necesarias... En ausencia de la reina, a quien no te has cansado de esperar, eres lo que queda de mi razón de ser.

Siempre me pides que te lo cuente de nuevo, está bien. Tu madre, la reina, era la dama más amable de todo el pueblo y para mí, su hermosura, era todo lo que en tí podría ver. En casa nos sonreía y, con la melodiosa voz con la que te cantaba desde bebé, nos hacía compartir el pan cuando nos llamaba a la mesa y, aunque tú y yo nunca peleáramos, siempre me instó a cuidarte como si fueras parte de mí y también de ella. Yo veía su belleza en la mirada que nos dirigía y en el paso suave con el que te arrullaba, como una planta que cuida a su más joven hoja. Y a pesar de nuestras diferencias, nunca marcó una distancia entre tú, pequeña princesa, vivo retrato de su majestad, y yo simple sombra dedicada a adorarlas. Por quien me corté el cabello y, con mis ropas de niño, me prometí volverme su guardián. Ay, princesita, el único error que cometió la reina en su vida fue enamorarse, dejarse engañar siendo una inocente doncella, de un hombre que, en las noches de luna llena, se convertía en el más salvaje de los ogros.

Y de esa unión nacimos las dos, aunque no lo sepas, porque nunca me he atrevido a llamarte hermana y me conoces desde hace años como tu escudero. No te puedo revelar por qué ante ti elegí disfrazarme de muchacho y fingir la voz más ronca que puedo. No te puedo decir que nuestra madre se escapó de casa, llevándome en el vientre y con la marca de la deshonra tras su espalda. Tampoco te puedo contar que cada fin de mes, nuestro padre se iba de parranda con sus amigos y bebía hasta perder la conciencia. Entonces sus gritos se escuchaban como eco lejano en los alrededores, para luego ser relevados por el azote de su cinturón, empapándose de sangre y un llanto que no podíamos distinguir a quién de las dos pertenecía.

Tu madre guardaba muchos secretos, princesita. No quería compartírte con nadie y por ello desde pequeña te enseñó a jugar a las escondidillas. Canta y cierra los ojos, canta y piensa en el castillo que de grande te voy a construir, donde tendremos un pozo que será capaz de alejar a toda clase de monstruos. No te preocupes, el ogro no volverá hasta mañana; cuando te buscó, le dije que estabas tomando tus lecciones reales para convertírte en una dama. Lanzó un gruñido que sacudió mis recortados cabellos, dio un manotazo que tumbó la mesa y salió arrastrando los pies hacia la calle.

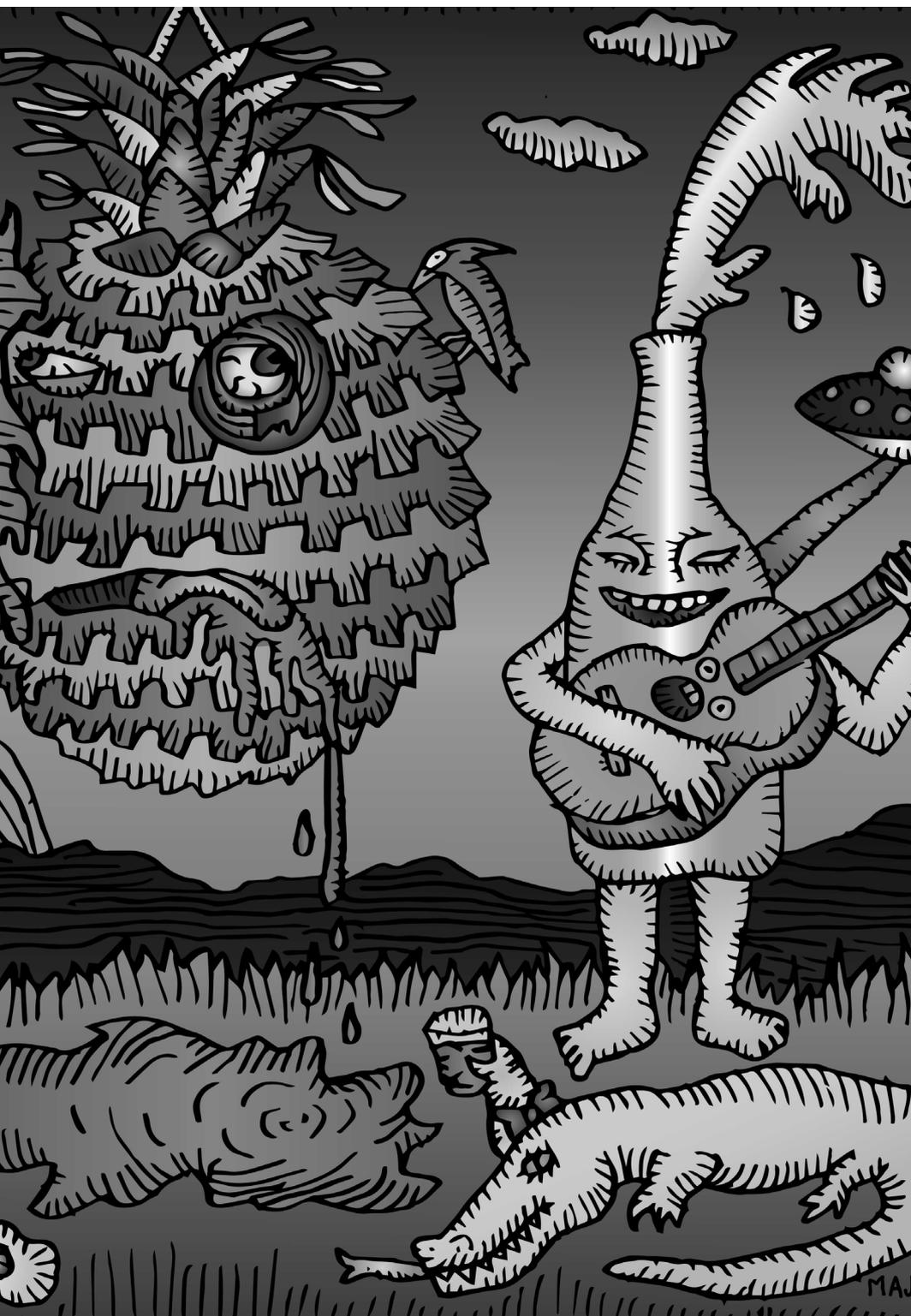
Y no te había querido contar mi secreto, altecita, pero como te has portado muy bien, lo haré. Cada vez que sale, trabajo en una nueva espada, pero ésta es de un metal a prueba de ogros y creo que hasta podría servir para matar dragones. Y así podré llevarla siempre, atada a mi cintura para cuando deba protegerte, y esta vez te prometo la victoria. ¿Qué? ¿Tienes sed? Déjame ir por tu vaso ceremonial. Espérame aquí y no te muevas.

Quisiera que llegue el momento de contártelo todo: que nuestra madre trabajaba menos por las heridas en su cuerpo, que le daba vergüenza haber caído con un hombre así y haber tenido a su hija, porque luego de ello, aquel dejó de encontrarla bella y, cual si fuera una desconocida, de esposa la redujo a cocinera y, a mí, su sirvienta.

En aquella época, tu madre planeaba una retirada, se adelantaría a su reino natal y buscaría el servicio de un cazador de bestias. Yo era muy débil para ser su caballero. El ogro quería comérsela. Abrázame si te da miedo. Él tenía ansias de devorarla y más de una vez vi sus labios salvajes sobre la piel de bronce de la reina. Ella se resistía, pero le faltaba la fuerza; yo agarré la escoba y la blandí para que la dejara. Tronó como quien rompe una rama seca, y luego de eso... ya no me acuerdo, princesita, pero esa hambre por la reina no se contuvo tan fácilmente.



La piñata, Carlos Luis Sánchez Becerra



MAJ

No le bastaba con tenerla encerrada y ya no había bondad alguna en su alma como para dejarla escapar. Deseó torturarla hasta convertirla en sobrantes humanos, tal y como era él. Luego de eso, nuestra madre se embarazó de ti. Y yo era el chantaje del ogro: “Si te vas, lo harás sola”, le dijo. ¡Cuánto hubiera deseado que ella respondiera “sí”! Ella perdió su andar ligero y trabajaba menos por su condición. Él la golpeaba porque no había dinero en la casa, porque el alcohol lo enloquecía y porque su estado no le gustaba. Entonces a mí...

Cuando naciste tenías un guardaespaldas, mas los reclamamos no se detuvieron. Ella se dejaba hacer con tal de que no le pegara a su bebé, demasiado pequeña para entender, mientras que yo descubrí en el espejo mi nueva imagen, la maldición de la sangre: las facciones de nuestro padre, como un ogro en miniatura, heredero irremediable de la marca de la maldad.

Princesita, no quiero recordarte esta parte, pero es necesario protegerte de aquellos huecos de un pasado que desconoces. Verás, una de esas terribles noches, el ogro volvió al palacio luego de un ritual para incrementar sus poderes y empaparse de magia prohibida. Invocó a la oscuridad y puso su negra garra en la cabeza de su majestad. Ella me había pedido que ocultara a su damita en un lugar seguro, por eso te tomé de la mano y te llevé por primera vez a la que sería nuestra guarida secreta. Entonces te dije que por esa magia negra que el ogro usaba, había mandado a la reina a un lugar lejano, pero que, en cuanto pudiéramos revertir el hechizo, volvería a nosotros y por ello teníamos que resistir. Lloraste en mi pecho con tanto dolor, sí, así como ahora, que tus ojitos se hincharon y tu negro cabello se revolvió por los sollozos, pero tu sufrimiento no se acercó a la agonía que yo, súbdito tuyo, sentí por haberte fallado.

Mamá le pidió que nos dejara, dijo que él podría ser libre e irse de la casa, o que ella regresaría a su tierra natal con tal de no causarle más enojos y nos llevaría consigo sin pedir nada a cambio, pero él no quiso... Ay, hermanita, cuando seas más grande tendré que contarte cómo era todo, cuando crezcas y puedas recibir un poco de oscuridad en tu ingenuo corazón. Pero él no la dejó hablar. Dijo que sus hijas le pertenecían, aunque no las quisiera y, que por mucho que suplicara, no tendría forma de escapar con las dos.

Puso sus manos enormes en el cuello debilitado de mamá y lo apretó con fuerza. La tomó del cabello y la arrojó contra la pared. Usó sus piernas como murellas para atraparla, para apalearla mientras yo renuncié a defenderla. Te pedí que me cantarás con la voz más alta que podías, haciendo guardia para que nadie entrara en tu refugio, desde donde alcanzaba a vislumbrar a nuestro padre desquitar su coraje con lo

que le quedaba de esposa, en un hogar alejado de las demás casas, donde, aunque se escucharan sus gritos, nadie se atrevía a interceder. Entré al escondite y te abracé con todas mis fuerzas, tuve que cantar contigo, diciéndote que aquella melodía de tu infancia era el himno de tu reino mágico y que si lo entonábamos a todo pulmón estaríamos a salvo.

Ella perdía la lucha y lanzó un último lamento con nuestros nombres. Te cubrí las orejas y pensé que era una trampa para que saliéramos de nuestro escondite y el ogro siguiera con su sed de sangre. Quizá le robé la última oportunidad de despedirse antes de su muerte, pero yo no podía permitir que la vieras así.

Y no hice más porque no podía soltarte. Entonces el ogro salió de casa y nos gritó, pero te dije que era un plan suyo, porque quería comernos, ya que se había quedado con las ganas de devorar a la reina. Nos quedamos abrazados hasta que anocheció y esa bestia se cansó de llamarnos, lo que funcionó. Salió de cacería con los otros ogros y, mientras yo entré a buscar a la reina, supe que su cuerpo sagrado había desaparecido; las hadas se lo habían llevado al mundo del descanso para que recobrará fuerzas. Cuando volviste a la casa, todo estaba en su lugar.

Desde ese entonces, me proclamé tu guerrero y sirviente, tu héroe y cocinero, dueña mía. Y aunque muchas veces tuve que enfrentarme al ogro, en ocasiones perdiendo y otras tantas ganando, he conseguido que no te vea mucho. Afortunadamente, poco a poco va olvidándote, no sé si le dio por comer hongos alucinógenos y éstos le dejaron nubarrones en la memoria, o tal vez sea porque algún brebaje de los que le gustaban borró de su mente que tenía una hija.

O dos.

Cuando nuestro padre me ve desea matarme, querida hermana, pero es en ese instante cuando te llevo de la mano al monte y te pido que me hagas una corona de flores como premio por cumplir con mi deber. Vuelvo a casa sola y recibo gritos y alguna bofetada... Mi ropa holgada te impide ver mis brazos y piernas, porque en algunos lugares ahora tiene mi piel un tono morado, pero tampoco te he contado que en más de una ocasión también lo he llegado a golpear con la espada de madera y con mis manos. He visto la sangre negra que chorrea de sus labios como una serpiente que escapa de su propio veneno y lo peor es que me ha gustado mucho esa visión.

Llevo días planeando nuestro escape y confío en tener mejor suerte que mamá para lograrlo. Te guiaré a su tierra natal y te diré cómo tendrás que presentarte para que todos sepan que eres hija de Magdalena Santos... Te dejaré ahí y yo volveré a contener a esa bestia, porque no podría soportar que te buscara para vengar que una vez su mujer se salió con la suya.

Ya terminé mi espada antiogros y dragones, princesa, incluso cubrí la empuñadura con alambre y sé usarla muy bien, pero baja la voz, porque el ogro está sospechando de nuestro refugio. Tiene hambre de nuevo y hace poco lo escuché rugir tu nombre en la oscuridad, sin saber a dónde te fuiste. ¿Que si me da miedo? No. *Por supuesto que sí.*

Alteza, escúchame muy bien... Esto es muy serio. Si no llego a volver de esta pelea, sigue mis instrucciones y nunca mires atrás: camina hasta la estación de carruajes, tómate el tiempo necesario porque el viaje es largo y, cuando llegues allá, busca un cochero. Extiende este boleto mágico que voy a guardar en tu vestido junto con mis indicaciones y di que vas a la tierra de la caña de azúcar. El lugar se llama Omealca, pide bajar sólo en ese punto y cuando veas a un plebeyo como yo, dile que necesitas ver a la familia de la reina que partió a Cardún hace catorce años. Pide, querida emperatriz de mi corazón, que te lleven con... ¿Escuchas? Ahí viene el ogro. Princesita, ésta es la parte más importante, no lo olvides por favor: te diré el apellido de tu ilustre familia, recuérdalo y suplica que te lleven con ellos. Da el nombre de tu madre y diles que eres su única hija...

Porque primero nos matamos, antes de que se meta también a tu cama.